

esas potencias, hacer pasar esta enormidad entre los preliminares y la firma de la paz, y si no eran bien acogidas sus ofertas, arrojárselas á la cara en señal de desafío.

Haugwitz había llevado á Berlín el ofrecimiento de Hannover en vez de una declaración de guerra, pero encontró un recibimiento muy otro del que esperaba. Todo el mundo sentía lo que había de ofensivo en esta proposición de injurioso y de menospreciativo para la nación prusiana. Temblando todavía de indignación contra el opresor de Europa, no debía sólo deponer las armas sin haber combatido, y abandonar sus aliados como resulta de una guerra desastrosa, sino que se le exigía que se deshonrase aceptando sus despojos, volviendo contra ellos la espada que había tomado en su defensa. Era necesario que se la considerara como una nación de puros autómatas indignos del nombre de hombres, para suponerla insensible á la ignominia del papel á que se la quería condenar.

La protesta del honor nacional se manifestó con una extrema energía entre todas las clases de la población y hasta de la corte, en donde esos sentimientos están de ordinario sobrado enmohecidos para mostrar una grande susceptibilidad. El mismo rey aunque dominado por el temor y el interés experimentó una humillación profunda á la idea de ratificar semejantes condiciones, pues, no le ofrecían ni la excusa de una ventaja bastante considerable para hacer olvidar con el tiempo todo lo que tenían de vergonzosas.

En efecto, la adquisición del Hannover no le producía, deducción hecha de las cesiones territoriales de que debía ser precio, más que un aumento de 400 á 500.000 almas; y para conseguir esto debía arriesgar su popularidad, el honor de su corona, y la perspectiva de una guerra casi cierta con Inglaterra. De otra parte, si negaba su ratificación, era una guerra inmediata contra un ejército victorioso que estaba acampado á algunas marchas de sus fronteras y al que no podía oponer sino tropas muy inferiores en número.

Resolvió el rey, puesto en esta cruel extremidad, ceder, ratificando el tratado bajo la reserva de algunas modificaciones que juzgaba necesarias á su propia dignidad y al interés de sus Estados. Insistía sobre todo en la anulación de la cláusula de alianza ofensiva y defensiva que la hacía solidaria de todos los cambios que Napoleon había operado ó se proponía operar en Europa. En especial no quería verse obligado á reconocer la destitución de la casa de Nápoles, no quería recibir el Hannover sino á título

provisional, hasta tanto que hubiese obtenido el asentimiento de Inglaterra; en fin, presentaba como un complemento necesario á su adquisición del Hannover, las ciudades de Hamburg, de Bremen y de Lubeck, contando con que este nuevo aumento pondría término á las lamentaciones de sus súbditos. De Haugwitz partió para París, á fin de someter á Napoleon el tratado de tal suerte revisado, y Laforest, el representante francés en Berlín, consintió en firmarlo reservando empero la ratificación de su soberano.

En el intervalo, un gran suceso, previsto ya desde algún tiempo, acababa de cumplirse. El enemigo más temible y más perseverante de Napoleon, Guillermo Pitt, había fallecido el 23 de Enero de 1806, rendido por las luchas devoradoras del poder y de la libertad, herido en el corazón por la victoria de Austerlitz: su gran escudo en elocuencia, sino en genio político, Fox había sido llamado al ministerio. Napoleon vió desde luego todo el partido que podría sacar de una desgracia que iba á completar la derrota de sus enemigos del continente, y del advenimiento de un hombre de quien la alma abierta y generosa consentía sobrada inconstancia, sobrada dejadez é ilusión, para que tuviera que temer en él un adversario capaz de hacerle frente.

Fox no vivió lo sobrado, ora para justificar, ora para desmentir plenamente las esperanzas poco lisonjeras de que era objeto; sin embargo, demostró que no estaba á la altura de la tarea que Pitt le legara. La muerte prematura que vino á sorprenderle al principiar su administración junto con las simpatías que inspiraba su carácter, han dado lugar á lamentaciones muy exageradas por parte de los que sostienen que la ambición de Napoleon no era incompatible con la paz de Europa. Bonaparte mismo se complació en acreditar esta opinión errónea: «¡La muerte de Fox, decía á menudo, ha sido una de las fatalidades de mi carrera!... Si hubiese vivido, la causa de los pueblos hubiera triunfado y hubiésemos creado un nuevo orden de cosas en Europa.»

Pero lo que muestra cuando hay de aventura en ese lugar común, es, primero, que Fox, después de todas las ilusiones filantrópicas con que creyó que debía debutar, vióse obligado á aceptar pura y simplemente la política de Pitt, y luego, que el primer efecto producido sobre Napoleon por la elevación de Fox al ministerio, fué el hacerle mucho más exigente con las potencias continentales.

Napoleon había tenido relaciones personales con Fox en la época del tratado de Amiens, y había conocido su espíritu optimista y bienhechor, poco

hecho para penetrar los cálculos de una política tenebrosa; no vió en él más que un adversario fácil de engañar y del que daría mejor cuenta que del gran ministro que había siempre y en todas partes encontrado en su camino, denunciando sus proyectos tan pronto los había formado, oponiéndoles una indomable resolución. ¡Qué buena fortuna, pues, la sustitución por el bueno y generoso Fox, de ese hombre altanero cuya penetrante mirada y frío menosprecio había tantas veces desconcertado el charlatanismo imperial!

Mas esta feliz conyuntura, que hubiese podido asegurar la paz de Europa, no sirvió más que para encender de nuevo la guerra.

Napoleon estaba en ese momento á punto de transigir con Prusia, pues, las modificaciones que proponía al tratado de Schoenbrun, no tenían nada de exorbitantes, y por otra parte estaba seguro que de insistir renunciaría á ellas en todo ó en parte. Pero apenas supo la elevación de Fox cambiaba de intención y no quiere oír hablar más del tratado. Su primera intención es guardar el Hannover, á fin de poder hacer más fácilmente la paz con Inglaterra, —4 de Febrero de 1806,—pero esa intención que era justa quedó en estado de aspiración, y ya no pensó mas que en empeorar la situación de Prusia forzándola á aceptar condiciones todavía más onerosas que las del tratado que se había querido emendar. Más tarde verá la manera de arreglarse con Inglaterra, pero entretanto se jacta de intimidarla y de obligarla más aprisa á hacer la paz, obligando á la Prusia á entrar de bueno ó mal grado en la liga prohibicionista que va á inaugurar el bloqueo continental.

Prusia ha de sufrir no sólo todas las condiciones del tratado de Schoenbrun, sino renunciar al margraviato de Bayreuth, reconocer todos los cambios operados en Italia, y además adquirir el compromiso formal de cerrar al comercio inglés las bocas del Elba y del Weser, cláusula infinitamente más grave, puesto que equivalía á una declaración de guerra contra Inglaterra.

Haugwitz firmó desesperado este tratado, pero ya no se atrevió esta vez á llevarlo por sí mismo á Berlín, y le encargó de ello al embajador prusiano Luchessini.

Había un gran exceso de crueldad y de burla en decorar con el nombre de tratado de alianza un pacto concluido en tales condiciones, en darlo como prenda de «una eterna unión» entre las partes contratantes. Jamás la diplomacia francesa no había adoptado un expediente más impolítico y más desastroso.

En efecto, no se podía suponer, sin una insigne locura, que Prusia, cualesquiera que fueran de momento sus embarazos, consintiera en humillarse ella misma al yugo francés, hasta el punto de aceptar su propia ruina, y la de Alemania entera, para secundar el odio de Napoleon contra Inglaterra y para ayudarla á terminar la conquista del continente. Hasta este momento la neutralidad, y hasta la alianza prusiana había sido posible con ligeras concesiones; después de tal tratado, Prusia debía convertirse en la más implacable enemiga de Francia, y no debía pensar más que en combatirla tan pronto hallara ocasión ventajosa para hacerlo. Por lo demás Napoleon iba á obligarla á aprovechar esta ocasión más pronto de lo que ella se lo figuraba, por una serie de procedimientos que debían hacer más intolerable su situación. Con él los resultados de una falta no se hacían jamás esperar, gracias á su invariable sistema de sacar de un éxito todo el provecho que podía dar, y según su convicción, se fatigaba menos á la fortuna violentándola sin consideración que no dejando escapar uno solo de sus favores.

El rey de Prusia, antes de poner su firma en ese tratado fatal, principiaba ya á expiar su debilidad y su avidez. Napoleon ocupó Anspach quince días antes de la ratificación. Cuando la hubo obtenido, hizo insultar en el *Moniteur* al jefe del gabinete prusiano, de Hardenberg, que había merecido ya los honores de una acusación injuriosa en un Bole-tin fechado en Viena. Reprochóle de nuevo «haberse prostituído á los eternos enemigos del Continente;» —21 de Marzo de 1806,—le llamó «traidor y perjurio,» le acusó de haberse «deshonrado,» y para justificar esas amenidades, publicó, falsificándola, una carta de ese ministro patriota, antes de haber podido conocer el tratado de Schoenbrun, había escrito á lord Havronby, para declararle «que una nueva ocupación del Hannover por Bonaparte se consideraría como dirigido contra Prusia. La legación francesa de Berlín tuvo orden de romper toda clase de relaciones con él. Napoleon hizo significar al rey de Prusia que esperaba su relevo. No podía ya tolerar en Prusia un ministro que no estuviera á su discreción. ¡Fatal presagio! Así había principiado con la reina de Nápoles antes de tomarle sus Estados.

«Decid al Sr. de Haugwitz,» escribía á Talleyrand el 30 de Marzo, «que se ha supuesto siempre que el Sr. de Hardenberg se retiraría.» El rey de Prusia tuvo que resolverse á sacrificar su ministro tomando pretexto de la altiva y leal apología que Hardenberg publicó de su conducta.

A esta ingerencia poco tranquilizadora de Napoleón en el gobierno interior de Prusia, se juntó muy pronto la presa de cuatrocientos buques de comercio prusianos ó alemanes por la marina británica, que encontró en ello una amplia compensación en el cierre pasajero del Elba y del Weser. Si Napoleón hubiese querido enriquecer al comercio inglés no hubiese imaginado nada mejor que su ridícula concepción del bloqueo continental, cuyo primer

resultado fué el de matar toda concurrencia en provecho de Inglaterra.

Esta no era sino la más pequeña de las sorpresas que esperaban al gabinete prusiano. Apenas principiaba á reponerse de su emoción, cuando supo que la confederación germánica, de la que formaba parte y de la que debía considerar sus asuntos como cosa que le interesaba, iba á ser reorganizada y no sólo reorganizada sin él, sino en contra de él. Pero



Capitulación de Ulm

todavía se le dejaron ignorar combinaciones mucho más extraordinarias, que debían poner su paciencia á una ruda prueba.

Había el rey de Prusia ratificado el día 9 de Marzo de 1806 el tratado por el que se le cedía el Hannover en «toda propiedad,» y ya en el mes de Junio siguiente Napoleón ofrecía esta provincia á Inglaterra como prenda de paz y de reconciliación. La ofrecía sin que Prusia hubiese dado motivo de queja legítimo. Los motivos que se han alegado para justificar esta traición, no sostienen el examen. La Prusia, al tomar posesión del Hannover, había dejado ver que la recibía contra su voluntad; esto se podía creer con solo decirlo, y ese escrúpulo era muy honroso para ella. En cuanto á la luz que las revelaciones de la tribuna inglesa venían á arrojar sobre su conducta pasada, no había en ella nada

nuevo para Napoleón. Prusia había sido sobrado castigada con su humillación. La conducta de Napoleón no había tenido en realidad mas que un solo motivo, el deseo de arreglarse con Inglaterra.

Bajo el imperio de sus antiguas ilusiones sobre el primer Cónsul, Fox había aprovechado la revelación que se le había hecho de un proyecto de asesinato contra Napoleón, para entrar en comunicación con el gabinete francés con la esperanza de que esta apertura produciría algún incidente favorable á la paz. Siempre había atribuído la continuación de la guerra á la obstinación y á la mala fe de Pitt, á las desconfianzas, á la mala voluntad de las potencias continentales quienes, según él, habían llegado á apurar á un hombre naturalmente justo y moderado; debía, pues, procurar ante todo, poner de acuerdo sus actos con sus palabras, y probar

como ministro la excelencia del sistema, que antes había sostenido como orador. Por otra parte no podía experimentar sus ideas optimistas bajo más felices auspicios, pues Napoleón había obtenido tales ventajas que podía, sin temor de parecer que retrocedía, hacer algunos sacrificios para un objeto tan considerable como la paz con Inglaterra.

Napoleón no dejaba de comprender todo el al-

cance de semejante reconciliación; él mismo había imaginado el falso proyecto de asesinato que había dado lugar á la denuncia de Fox. Apoderóse, pues, con diligencia de la ocasión que se le ofrecía, é hizo transmitir por Talleyrand á Fox, un fragmento de discurso, en el cual expresaba el deseo de hacer la paz «bajo las bases del tratado de Amiens;» y á consecuencia de algunas comunicaciones del carác-



MURAT

ter más cortas cambiadas entre los dos gabinetes, durante los meses de Marzo y Abril de 1806, se emprendieron por la mediación de lord Yarmouth uno de los súbditos ingleses detenido en Francia á consecuencia de la ruptura de dicho tratado, negociaciones directas para la paz.

Talleyrand que recibió el encargo de negociar con él, admitió desde luego y sin dificultad la restitución del Hannover á Inglaterra; admitió igualmente el principio general del *uti possidetis*, es decir, del estado actual de las posesiones, en lo que concernía las adquisiciones nuevas de los dos Estados; y se comprometía particularmente en dejar á la casa de Nápoles la isla de Sicilia, de que no se habían podido apoderar las tropas francesas. Sólo en un punto se mostraba inflexible; rehusó obstina-

damente admitir á Rusia en una negociación común. Napoleón había, en efecto, encontrado sobradas ventajas en hacer paces separadas para cambiar de regla de conducta; aquí se proponía renovar el juego que tan bien le había salido contra Prusia y Austria, y de la misma manera que se había servido del tratado sorprendido á la debilidad de Haugwitz para aplastar á Austria aislada, quería ahora concluir á todo precio un arreglo improvisado con Rusia para imponer luego todas sus voluntades á Inglaterra.

El emperador de Rusia que en un principio se había apoderado de las bocas del Cattaro, en el momento en que las tropas francesas iban á ocuparlas, había luego significado el deseo de rendirse á las quejas de Austria, á quien Napoleón hacía respon-